

Del silencio a la alegría

Para llegar a la alegría hay que partir del silencio y de un silencio que se abre a la oración y de una oración que se transforma en fe, de una fe que se hace amor, de un amor que se convierte en servicio y de un servicio que llega hasta la cima de la alegría.

Estas seis palabras: silencio, oración, fe, amor, servicio y alegría están entrelazadas por un hilo conductor: la transformación del mundo, la conversión y la revitalización de la vida consagrada. Hacer con ellas una frase es muy interesante. Todas son sustantivos, realidades, constataciones. Están necesitadas de los verbos, de acción y, por supuesto, de sujetos y no les harán nada mal los adverbios y los adjetivos. Así llegamos a una propuesta de vida muy desafiante.

Pero nos encontramos ante algo más que palabras, ya que son términos que danzan y lo hacen de manera circular. Al danzar de ese modo, como lo vamos a repetir más adelante, en nosotros movilizan el cuerpo y el espíritu, los sentimientos y las emociones, el pensamiento y la voluntad; todo ello nos lleva más allá de nuestra realidad y nuestros límites y crea algo nuevo: crea comunión y comunidad. El danzar desconcierta al orden jerárquico y moviliza y relanza el orden vital; lo mezcla todo y produce una especial sinergia. Nos lleva a entrar en un movimiento que se desarrolla en círculos y espirales. Nos hace sentirnos vivos y llenos de fuerza y creatividad. Estimula la sana fecundidad y nos mueve a pintar el mosaico de nuestra vida con colores vivos y bien armonizados. Así nuestro rostro tendrá todo el frescor de una fuente y llegará a transmitir la experiencia del silencio maravilloso de los árboles del bosque que crecen en una profunda y fecunda soledad.

No hay duda que la humanidad y la Iglesia necesitan en este momento silencio, oración, fe, amor, servicio y alegría. Con todos estos elementos damos forma a lo que bien podemos llamar e identificar con un camino espiritual y una espiritualidad que junta e integra el espíritu y el alma

con el cuerpo. Cuerpo que no puede estar ausente del silencio ni tampoco de la alegría y menos del servicio y, por supuesto, de la oración, y que no le puede faltar a la fe y al amor. Hay un silencio y una oración, una fe y un amor y, sin duda, un servicio y una alegría que son del Espíritu, pero también de los ojos y la lengua, de las manos y los pies. De la mente y del corazón. Todo ello nace y se junta al alma y se impregna de inteligencia y de voluntad, de querer y de pensar, de sentir y de actuar.

En Occidente hemos perdido, en buena parte, el sentido de la contemplación, de maravillarnos delante de las aguas cristalinas de un riachuelo, de llenarnos de sorpresa ante un cielo estrellado y de extasiarnos delante de los ojos brillantes de un niño que nos interroga con su mirada; no sabemos lo que es el frescor de una tarde de otoño y somos incapaces de quedarnos solos sin teléfono móvil, sin internet, sin televisión, sin aparato de sonido. Tenemos miedo de oír la voz que nos viene de adentro, aquella que nunca miente, que aconseja con buen tino, que aplaude, que nos evalúa estimulándonos y nos acompaña siempre. Nos cuesta oír la voz que viene del que tiene hambre, del sumergido en el dolor de la enfermedad, del privado de libertad. El silencio es casi una dimensión perdida y el precio que estamos pagando por ello es muy alto. Muchas de las realidades que hemos evocado nos llevan a perder lo mejor que cada uno tiene. Sin embargo, el silencio nos permite encontrarnos ya que nos sumerge en una pura y sencilla gratuidad y en una comunión vinculante. No necesitamos más energía, sino valor para dedicarlo a lo que realmente queremos. De hecho, todo esto viene de la poca capacidad de escuchar y de escucharnos, y eso porque nos hemos acostumbrado a oír cosas externas. El silencio es el “arte perdido de esta sociedad”.

El ruido compite en nuestra sociedad para ganarse al público, para captar la atención de las personas. Con harta frecuencia los gritos han sustituido a la conversación como pauta elegida para la comunicación familiar, juvenil o adulta. No hay duda que es precisamente el silencio lo que falta en la amalgama humana. Óscar L. Molina destaca que nuestra cultura es de predominio oral, con lo cual se desarrolla una sola parte o región del cerebro, el derecho; la cultura impresa apela a ambos hemisferios cerebrales y es fruto de una inteligencia secuencial organizada textualmente. Sería oportuno que le hiciera un poco de espacio a una cultura del silencio; ese énfasis se precisa en este momento.

Se ha dicho que “El ensayo sobre la ceguera”, de J. Saramago, es una metáfora estupenda sobre nuestra sociedad ya que nos lleva a no conseguir ver toda la realidad que tenemos delante de nuestros ojos. Falta que el premio Nobel se anime a escribir “el ensayo sobre el ruido”, ruido que no solo produce sordera, sino que sobre todo lleva a vivir sin norte. Ruido que nos debería dejar ansiando un silencio tal que nos permitirá

oír las llamadas interpeladoras para vivir con lucidez y dignidad, para humanizar y al mismo tiempo divinizar este mundo y, de forma más concreta, para rehacer la vida sobre toda la tierra. No hay ojos que no miren ni palabras que no se pronuncien y que estén sin capacidad para transformarnos. Eso es posible porque detrás de la piel de la realidad está la claridad y el silencio; dentro del barro opaco está encendida una luz que no se apaga nunca. Es la que engendra los brotes germinales.

No hay duda que estamos llamados a transmitir la alegría de Dios en la tierra. En este momento de la historia de la humanidad como que no acertamos a lograrlo. Por eso, no es raro oír hablar de los “desiertos espirituales” de la humanidad actual. Nos cuesta dar el salto de un hablar del silencio a un decir una palabra sobre la alegría. Dios es amigo del silencio y por lo mismo lo es de la alegría. Nos regala su presencia y su acción por medio de la oración, la fe, el amor y el servicio. Para vivir ese silencio necesitamos un corazón capaz de escuchar a Dios. Pero también hay muchos hombres y mujeres cuya clara vocación es el amor que comienza en el silencio y lleva al servicio y así desemboca acertadamente en la alegría pasando por la fe que brota de la oración. Esa vocación es grande, es magnífica. Nace, no de lo que nosotros le decimos a Dios, sino de lo que Dios nos dice a nosotros. No hay duda que el verdadero secreto de nuestra vida es el amor, es decir, la auténtica vocación es el amor. Cuando así es el amor, se transforma en una necesidad, en algo indispensable.

Con estas palabras y estas realidades se “arman” y se elabora un proceso, un camino que lleva a una meta. Meta que se descubre cuando ya se comenzó a andar; no es lo que vemos primero; lo primero, como nos recuerda la canción, es “ponerse” a caminar. Nos ponemos en marcha y aparece en el horizonte algo maravilloso y apasionante. Esa meta inspiradora y movilizadora es la comunión. Los hombres y mujeres que hacen ese recorrido no envejecen nunca. Se convierten en grandes y son tales porque saben ser de todos y todos les escuchan. Son globales, para todos, abiertos, acogedores. Tienen mucha capacidad de escucha y palabras que interpretan a todos; todos las entienden y son las que todos querrían oír. Cuando hablan, convocan, reúnen, juntan; crean sinergia.

En marzo del año 1996 me encontraba en Calcuta visitando a los religiosos marianistas de la India. Conseguí un poco de tiempo para encontrarme con Madre Teresa de Calcuta. Era un domingo en la mañana. Fue impactante verla tan “frágil” físicamente y tan fuerte espiritualmente. Hablamos largo. En un momento determinado le hice la pregunta del millón: ¿Qué camino ha seguido usted para llegar a la meta, a la experiencia espiritual tan maravillosa que ahora se percibe en su persona y que usted contagia? De inmediato, como respuesta, obtuve un largo

silencio. Después, en una prolongada hora y media de conversación, fueron saliendo las palabras que ya hemos presentado y con algunas diferencias se encuentran en sus dichos o escritos. Para ello hizo historia de su vida, de su pasado. Contó anécdotas y pronunció frases solemnes. Juntó realidades bien diversas: políticas, religiosas, culturales, sociales. Habló de encuentros, de acontecimientos, de penas y de alegrías. Han pasado 20 años desde aquel entonces. Ahora estas palabras van a estar recogidas en los números de TESTIMONIO de este año con una resonancia actual y con el eco que dejan en los religiosos y las religiosas del siglo XXI, que las escuchan durante el año de la Vida Consagrada.

Para mí y para los integrantes del Consejo de Redacción de la revista ha llegado el momento de recoger el hondo sentido de lo que fue algo más que unas palabras, de hacerlas propias, traducirlas a nuestra realidad y compartirlas desde nuestra vivencia personal. Eso intenta hacer TESTIMONIO en el año de la Vida Consagrada. La inspiración viene de esta protagonista excepcional de la vida de la Iglesia y de la humanidad del siglo XX. Su rostro, sus palabras, sus gestos y proceder siguen estando presentes en el siglo XXI. Ella es una de las grandes que supo superar los egoísmos fuertes o pequeños que a todos nos tientan y a veces nos desvían del buen camino y se olvidó de sí misma y se sacrificó por los demás. Estas páginas son un pequeño gesto de agradecimiento y también de admiración hacia Madre Teresa de Calcuta; ella, con su talla humana y espiritual, redime nuestra pequeñez y nuestra miseria. Fue radicalmente buena. En el fondo esta reflexión es también una oración para obtener gracia de ella para amar y servir a “los más pobres de entre los pobres”. Este amor y este servicio hicieron auténticas las palabras y el proceder de Madre Teresa y de modo concreto de este camino espiritual que recorrió y propuso a los demás y la llenó de la profunda convicción con la que pudo llegar hasta el heroísmo.

Por supuesto que al hacer esta propuesta intentamos convertirla en “una llamada dentro de la llamada”. Hemos querido señalar hacia dónde hay que ir y también cómo llegar; todo ello hay que situarlo en el esfuerzo por buscar el reino de Dios y su justicia, y el resto se nos dará por añadidura (Mt 6, 33). Todo ello hay que llevarlo adelante con un principio muy sano y transparente: no hay que predicar sin dar trigo; no queremos inventar ninguna teoría. No hay duda que la presentación de esta propuesta y de este camino evangélico despertará deseos de bien, de buscar y vivir la realidad del Reino; en una palabra, deseos que hagan surgir vida y una vida, que como Teresa de Calcuta repetía, llegue a ser “un lápiz en las manos de Dios” y que con él se escriba un evangelio vivo para nuestro tiempo. Así, en cierto modo, nuestras historias se convertirán en au-

ténticos acontecimientos de gracia que afectan y marcan a muchas otras vidas y las hacen santas.

Al hacer esta propuesta y presentar esta experiencia, no dudemos que, si somos jóvenes, en nuestros ojos arderá la llama del amor y, si somos ancianos, conseguiremos que brille la luz en nuestro rostros y en uno y otro caso nuestras vidas se convertirán en una valiosa herencia. Así en todo momento las vidas de los que están lejos y los que están cerca se transformarán en sencillas, valientes, rotundas, atrevidas y desafiantes. De ese modo tendremos capacidad para conmover, inspirar, movilizar y transformar. Eso sucede cuando se posee la fuerza de Cristo, con la única que se puede llevar a cabo la revolución decisiva y que sitúa nuestros sueños y grandes deseos en el punto focal de todo, Cristo Jesús. Quienes realicen estas tareas, se convertirán en los verdaderos líderes carismáticos.

Este recorrido solo comienza bien si se inicia en el silencio y del silencio se parte y nos lleva hasta la alegría. Por lo mismo, este primer número está dedicado al silencio como un reto a la vida consagrada y a todos los hombres y mujeres del s. XXI.